

Los dones del Espíritu: cuando actuamos en amistad con Dios

1. Una nueva excelencia: actuar en amistad con Dios

Nuestras obras nos revelan quienes somos.

Cuando leemos los poemas de Machado o de Fray Luis de León, cuando contemplamos la Piedad de Miguel Ángel o las Anunciaciones de Fray Angélico, cuando escuchamos las Sinfonías de Beethoven o las Cantatas de Bach, podemos comprender algo de esos genios: algo de lo que vivían por dentro. Su arte en escribir un poema, o en esculpir el mármol, o en componer la música, o en el pintar el lienzo no era un simple arte técnico: la belleza de su arte reflejaba la belleza de su interioridad, su grandeza en el intuir aspectos humanos de la realidad y saber transmitirlos.

Las virtudes, como hemos visto anteriormente, hacen posible un arte de vivir singular, ya que nos permiten inventar con genialidad y creatividad una vida, construyendo acciones adecuadas a nuestras circunstancias. Ellas son una luz y una energía que están en nuestras manos desarrollar: gracias a ellas nos convertimos en verdaderos protagonistas de nuestra vida. Y así, nuestras acciones revelan algo de nosotros mismos, de quienes somos por dentro, de la cualidad de nuestra interioridad. La excelencia de nuestras acciones depende de la excelencia de nuestra subjetividad: en definitiva, de nuestras virtudes.

Y sin embargo, en nuestra vida lo esencial no es simplemente la capacidad de actuar de una forma excelente. Y no lo es precisamente porque en nuestra vida lo esencial no somos simplemente nosotros. Podría darse el caso de dos amigos, de los cuales uno de ellos tuviera verdaderas capacidades e iniciativas: ¿la excelencia de su vida sería que las desarrollase? Pero entonces podría suceder que impusiera constantemente a su amigo su visión, sus gustos, sus proyectos, sus decisiones... Ninguno de nosotros consideraría esa vida como una vida excelente, digna de ser vivida por sí misma: al contrario, todos pensaríamos en lo triste que sería para su amigo vivir con una persona tan avasalladora. La belleza de la vida del matrimonio no consiste, precisamente, en sacar adelante los propios proyectos, sino, más bien, en poder actuar juntos, y proyectar juntos, y decidir juntos, y disfrutar juntos. Entonces lo esencial no es precisamente “mi” capacidad de actuar, sino en el actuar “con” el otro, conjuntamente. La amistad introduce un nuevo elemento en nuestras vidas.

También con Dios sucede algo similar: Él quiere actuar no solamente “en” nosotros, sino también “con” nosotros. Para nosotros co-actuar con Él supone un enriquecimiento de nuestra vida bastante notable. ¿Por qué? Porque entonces nuestra vida, con sus mil y una acciones tan pequeñas, se carga de una densidad sin igual. Actuar con Dios como colaboradores y protagonistas de nuestra vida, he aquí la gran excelencia de vivir una vida humana.

Pero, entonces, lo esencial no es simplemente que yo pueda y quiera actuar, mis capacidades y gustos, mis proyectos e intereses, posibles porque tengo las virtudes. Precisamente porque Dios se hace amigo en Cristo y me invita a vivir en amistad con Él, ahora aparecen en la escena los gustos, los intereses, los proyectos de Dios. ¿Cómo hacerlos míos sin que esto me quite a mí protagonismo en mi biografía, el gusto de vivir mi historia? Se cruzan ahora dos visiones, dos proyectos, dos capacidades.

“Lo esencial es invisible a los ojos. Solo se ve bien con el corazón”, decía el zorro al Principito. Pero ¿no ven acaso los ojos de nuestra cara? Ciertamente, pero mirar no es simplemente ver. Conocemos, pero muchas veces somos incapaces de re-conocer quien es quien nos llama, quien nos habla.

Conocemos a Dios, porque se nos ha revelado. Pero después, en nuestra vida ordinaria no somos capaces de reconocerlo, y por ello, vivimos desde nosotros mismos, fiados en nuestra propia excelencia, sin vivirla abiertos a la amistad con Él.

La posibilidad de “re-conocer” a Dios en la vida ordinaria en modo de poder co-actuar con Él nos ha sido dada como un don precioso fruto de la presencia del Espíritu en nosotros. Esta presencia formidable genera dentro de nosotros los dones del Espíritu santo, gracias a los cuales transforma nuestras virtudes para que las vivamos abiertos a la amistad, a la iniciativa, a la visión, al gusto, al proyecto de Dios. Estos dones son como la proyección, la extensión de la maravilla de la gracia a todas nuestras capacidades y posibilidades.

Los dones del Espíritu los ha recibido en primer lugar Cristo, quien en su humanidad fue bautizado por el Padre recibiendo una nueva efusión del Espíritu. En Él se hace verdad la grandeza de la profecía de Isaías: “Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Se posará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Yahvé” (Is 11, 6). En su primer discurso a sus co-paisanos Jesús hace referencia a esta presencia singular del Espíritu en Él: “El Espíritu del Señor está sobre mí... Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (Lc 4, 21)

Intentemos comprender cuál es el sentido de estos dones en nuestra vida y en qué manera favorecen una nueva excelencia.

2. Reconocer el misterio en la oscuridad: el don de inteligencia

Cuando afirmamos que Dios es misterio, no queremos decir simplemente que es más grande que nuestra capacidad de comprender, y que por lo tanto, se nos escapa: misterio no es simplemente equivalente a incognoscible. Ciertamente que es más grande, pero no sólo. Un misterio en la revelación cristiana hace referencia a un *secreto*: al secreto que Dios guardaba en su corazón desde el inicio del mundo, el secreto de la creación. Y este misterio nos lo ha revelado en Cristo. Cristo es el secreto escondido, en él se nos revela la clave sobre el porqué de la creación, sobre el porqué de la vida y de la muerte, sobre el porqué de la alegría y del dolor, sobre el porqué del amor y del trabajo. En él cada hombre se encuentra a sí mismo, porque encuentra el porqué y el para qué existe: ninguno hemos venido a este mundo por casualidad, ni ninguno tenemos un destino vago y difuso. Cada uno hemos venido a este mundo porque Dios ha pensado en nosotros y nos ha amado antes de que existiéramos, y cada uno de nosotros está llamado a vivir la plenitud de amor que vive Cristo con su Padre en el Espíritu.

Sí, pero este “misterio” que se nos revela en Cristo choca con muchas aparentes evidencias de nuestra vida: somos amados por Dios, pero en nuestra concepción intervienen muchos factores de aparente casualidad; somos amados por Dios, y sin embargo en nuestra vida se dan dificultades enormemente serias; somos destinados a una plenitud de amor, pero vemos que en nuestra vida el amor se hace cada vez más difícil. No aparece tan evidente lo que nos revela Cristo. Más aún, mirando la vida de Cristo, hay

muchas cosas que no acabo de comprender: que el hijo de la Virgen sea Hijo de Dios, que Dios permita su muerte en la Cruz, que viviendo en un tiempo y en un lugar concreto sea el salvador de todo hombre de todo tiempo y lugar, que se esconda en la apariencia del pan y del vino.

¿Qué es lo que hace el don de inteligencia? Nos permite ver lo esencial: saber reconocer el misterio en la oscuridad. Porque la oscuridad pertenece a nuestro mundo, y nuestros ojos van poco a poco adaptándose a la luz divina, como cuando pasamos de poca luz a mucha luz: al principio una gran luz nos deslumbra y no vemos. La presencia del Espíritu santo en nuestro corazón nos permite saber reconocer en la oscuridad el misterio de Dios. Sí, es cierto, mi inteligencia todavía no es capaz de ver a Dios, ni siquiera de comprenderle, porque es mucho más grande; pero las dificultades que se me presentan no son tales, porque son aparentes. Diez mil dificultades no hacen una duda. Yo sé que él se me irá revelando poco a poco. Así la dificultad no elimina la fe, sino que la hace crecer.

3. Reconocer el amor del amigo: el don de sabiduría

El amor colorea la vida de una forma singular. Cuando dos jóvenes se enamoran, la realidad se carga de una dimensión simbólica singular. Ahora buscan mil maneras de transmitirse lo que viven, pero transmitírselo no directamente, sino a través de símbolos, en modo tal que el amado llegue a percibir algo que solo indirectamente se puede transmitir adecuadamente, porque nada creado es capaz de encerrar la riqueza de un corazón humano. Es gracias al amor como el amante es ahora capaz de descubrir que en esas flores, o en esa invitación al cine, o en ese poema, o en ese libro, o en ese DVD, o en ese café, hay algo mucho más grande que unas rosas, o una película, o unos versos... está todo un amor de alguien sumamente importante. El enamorado ve en todos esos símbolos el amor genial y creativo de quien ama; reconoce su amor.

También Dios quiere transmitirnos su amor de una forma indirecta, y confía en que nuestros ojos de enamorados sean capaces de reconocerle.

El don de sabiduría es un don singular que transforma nuestro conocimiento en modo tal que nos hace capaces de reconocer el amor de Dios en todo lo que acontece alrededor nuestro y en todo lo que nos sucede a nosotros: nos permite entrar en lo más esencial de la realidad y verla con el color más adecuado, el del amor de Dios. Toda la creación nos la ha dado Dios para ayudarnos a descubrir su amor y para amarle. Todo lo que nos gusta, todo lo que nos atrae, todo lo que nos seduce, es una chispa de la inmensa belleza y bondad de Dios, y en todo ello, Él nos quiere atraer hacia sí. La fuente de todo lo bello, de todo lo atractivo, de todo lo placentero, de todo gusto es el amor del Señor que en todo ello se acerca a nosotros y nos da un anticipo de lo que nos tiene preparado.

Por esta razón, el don de sabiduría nos permite reconocer el amor del Señor. Gracias a él podemos percibir la dimensión simbólica de todo lo creado y ver su referencia a Dios.

Pero reconociendo el amor de Dios en todo lo que nos atrae, podemos ordenarlo a Él. El don de sabiduría se convierte así en la fuente de un dinamismo formidable, de un impulso enorme que nos hace dirigirnos a tantas cosas bellas, pero que, dirigiéndonos a ellas, busquemos su fuente última de belleza, Aquel que “con solo su figura, vestidos los dejó de su hermosura”.

La vida adquiere entonces un gusto nuevo, formidable, enormemente dinámico.

4. Reconocer la providencia en los avatares de la vida: don de ciencia

Los avatares de la vida... ¿por qué Dios permite tantas cosas? O mejor, ¿para qué lo permite? ¿Qué está intentando sacar en lo que nos ocurre? Avatares que viene a favor de corriente, y avatares contrarios. Las alegrías y las penas... no ocurren por casualidad. Ningún cabello de nuestra cabeza cae sin que nuestro Padre lo sepa y lo permita.

Saber reconocer esa providencia divina que es capaz de sacar del mal bien, no es algo que esté a la altura de nuestras fuerzas. Quizá porque son en ocasiones avatares contrarios entre sí, o contrarios a nuestras grandes esperanzas, y no sabemos a qué atenernos.

La presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros nos da una sensibilidad especial para saber reconocer la providencia de Dios en la historia. No precisamente una providencia que guíe todo hacia el “bienestar”, porque en ocasiones pasa por el fracaso y la muerte; sino una providencia que guía todo lo que acontece hacia el bien de los que le aman (Rom 8, 28), incluso aquello que es contrario a nuestro bienestar, incluso nuestros pecados. Todo lo guía la providencia de Dios hacia nuestro bien.

Con el don de ciencia, el cristiano tiene la capacidad de conocer la realidad que le rodea, los avatares que le circundan, en su dimensión providente: esto es, el para qué lo ha creado Dios, el para qué lo ha permitido Dios. Comprender no simplemente el “porque”, sino sobre todo, el “para qué” es decisivo.

Toda la creación se viste así de un finalismo formidable: todo es visto desde su relación con el fin que Dios le ha asignado. Toda la creación y todos los avatares se ven en su tensión, en su dirigirse hacia su Creador, en su movimiento de retorno a la Fuente de donde nació. Toda la realidad es vista como una flecha, lanzada hacia una diana, lanzada hacia ese inmenso amor de Dios que todo el mundo nuevo atrayéndolo hacia sí.

5. Reconocer la prudencia del Amigo: el don de consejo

Pero en ese mundo que se dirige hacia la comunión con Dios como su fin último guiado por Dios mismo, tenemos una criatura muy especial, el hombre, porque a él le corresponde no simplemente el ser guiado, sino principalmente guiarse a sí mismo.

Guiarnos a nosotros mismos en el camino hacia el Padre no es algo sencillo. No solo por lo concreto y particular de la vida de cada uno de nosotros, sino también porque muchas veces no es claro si llamar por teléfono a este amigo o no, si hacer esta inversión o no, si corregir a un hijo o no, si invitar al cónyuge a cenar o no... Y en ocasiones uno dice, si no llamo no pasa nada, si no invierto ahora no sucederá nada, si no corrijo no pasa nada, si no invito es igual. Parece como si al final, tantas cosas fuesen indiferentes: actuar o no, qué más da. La contingencia de nuestra vida, en la que tantas cosas pueden ser o no ser y nada se perdería, parece vaciar de densidad y verdad la pequeñez de lo que hacemos.

Y sin embargo cuando uno ama, nada le es igual. Aquella llamada, aquella inversión, aquella corrección, aquella invitación... son todas ellas muestras de un amor, manifestaciones suyas, actualizaciones de un grandísimo interés. El amor elimina de cuajo la pequeñez-contingencia de la vida y carga de densidad y valor lo que traemos entre manos.

Pero ¿llamo o no? ¿Invierto o no? ¿Corrijo o no? ¿Invito o no?

Ninguno de nosotros tiene un teléfono rojo para hablar con Dios. Y si lo tuviéramos, Nuestro Señor no lo utilizaría. Precisamente porque se toma en serio nuestra libertad,

nuestra vida, nuestro protagonismo. No quiere ser como esos padres super-abarcantes y atosigantes que manejan la vida de sus hijos y les organizan todo. Dios no es así, quiere tener una relación con cada uno de nosotros verdaderamente madura.

Y sin embargo, si Él no nos ilumina no sabemos acertar, porque lo que buscamos es muy grande. Es ahora cuando la presencia del Espíritu Santo nos da una sensibilidad especial para saber reconocer los consejos del Amigo y hacerlos nuestros en modo tal que no elimine nuestra personalidad, nuestro interés, nuestros gustos.

“No os dejaré solos... El Espíritu os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16, 13), también la verdad de nuestras acciones, de nuestra vida. Otro Consolador que nos acompaña en la contingencia de nuestro caminar y sabe aconsejarnos en modo tal que hagamos nuestros sus consejos, sin que por ello se elimine nuestra iniciativa.

Saberse aconsejar, este es el efecto mayor del don de Consejo. Si no hay peor mal que aconsejar a quien no pide consejo, ello se debe a que no está abierto a otras sugerencias. Es el Espíritu quien nos abre y nos interesa para aconsejarnos, en modo tal que en el consejo humano, reconozcamos el consejo divino. Pero también qué difícil es no percibir los consejos cuando nos los dan con delicadeza. Y Dios es enormemente delicado.

6. Reconocer la grandeza de quienes nos rodean: el don de piedad

La *Pietas* era en la época de la civilización romana una de las virtudes fundamentales, ya que permitía situarse adecuadamente ante aquellas personas de las que eran deudoras por el don de la vida y la educación recibida: la piedad con los padres y la piedad con la patria. Era, en definitiva, una virtud que abría el corazón humano al agradecimiento. Y el agradecimiento es la fuente de la justicia, porque nos permite reconocer quienes son los otros que nos acompañan y qué es lo que hacen por nosotros. Hoy, sin embargo, la piedad es vista como mera compasión, con lo que se la ha reducido eliminándola del ámbito familiar.

El *don* de piedad nos permite reconocer la grandeza de las personas que nos rodean.

Grandeza, pero no simplemente grandeza humana, porque reconocemos una grandeza que es a la medida de Dios.

Grandeza de los padres: porque en ellos se esconde algo de la paternidad divina. “Doblo mis rodillas ante Dios de quien desciende toda paternidad en el cielo y en la tierra” (Ef 3, 14).

Grandeza de la corporeidad, porque cada persona es “templo del Espíritu Santo” (1 Cor 6, 19), con lo que los cónyuges aprenden una delicadeza nueva en el trato corporal.

Grandeza de la Iglesia y de las personas que representan una autoridad: “quien a vosotros acoge, a mí me acoge” (Jn 13, 20)

La persona humana es vista ahora con los ojos del don de piedad, descubriendo en ella la presencia de Dios.

7. Reconocer la potencia de Dios: el don de fortaleza

En el camino hacia la casa del Padre, los pasos que recorreremos son nuestras acciones, como un anticipo de la meta. Y en esos pasos podemos encontrarnos con dificultades que no simplemente nos dificultan comprender, sino que también nos quitan la energía para actuar. Parece que ante la dificultad de emprender nuevas tareas y aventuras, o en el

perseverar el camino emprendido, los embates de la vida nos hacen retraer y la distancia que nos separa de la meta nos hace desistir.

¿Quién no ha experimentado alguna vez esta falta de energía, de fuerza, de vitalidad, de coraje, de resistencia? Como uno que nada contracorriente nos vemos tentados de dejarnos llevar por el curso del agua en el trabajo, en la vida familiar, en las amistades...

Dios sale a nuestro encuentro. Si nos ha llamado Él, es porque Él quiere ayudarnos, fortalecernos.

El don de fortaleza nos hace partícipes de la fortaleza de Dios. Pero de una forma muy singular. Como San Pablo, nosotros también le pedimos al Señor que nos quite las dificultades, que nos haga fuertes. Y como a San Pablo el Señor nos responde que no, porque es precisamente en nuestras dificultades, en nuestras debilidades que se hace real su fortaleza: “Te basta mi gracia, porque mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (2 Cor 12, 9). Es el don de fortaleza el que nos abre a la *confianza*, y de esta manera permite que la fortaleza de Dios se haga presente en nosotros. Ahora podemos entender porqué el Apóstol exclamaba: “Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Cor 12, 10)

El don de fortaleza, por lo tanto, no nos transforma haciéndonos más fuertes, más capaces de resistir y de continuar, sino que nos abre a apoyarnos más en Dios en modo que aún en nuestras debilidades la Fortaleza de Dios nos sostenga.

Nuestras debilidades continúan, pero sostenidas por una fortaleza inmensa.

8. Reconocer la fragilidad de la amistad: el don de temor

¿Por qué tememos? Ciertamente, tememos perder algo que consideramos importante para nosotros, o que nos sobrevenga algo que nos haga imposible alcanzar lo que deseamos. El temor hace siempre referencia a una plenitud: tememos perderla, no alcanzarla. Tememos la enfermedad, porque nos dificulta sacar adelante la misión que traemos entre manos. Y el temor hace que nos cuidemos. Tememos la muerte, porque amenaza con acabar con lo que de bueno y bello disfrutamos. Y el temor hace que no nos exponamos. Tememos perder nuestros amigos, porque sin ellos nuestra vida pierde su sentido. Y el temor nos hace velar por los nuestros. En definitiva, tememos perder lo que amamos, y el temor nos mueve a un amor celoso.

El temor depende del amor. Y si este amor es el amor de Dios, tememos perder a Dios. Y el temor nos mueve a cuidar el amor que más queremos.

Como un niño, teme quedarse solo y siempre busca a sus padres. Como unos padres, temen estropear la potencialidad que Dios ha puesto en sus hijos y por ello se afanan en educarlo con ingenio. Así el temor de Dios nos mueve a amarle más. Pero no es temor por cuanto se tema que Dios pueda hacernos mal, sino por cuanto nosotros podemos separarnos de Él.

La amistad que nos une a Dios y que tanto nos llena el corazón es muy débil: hemos de reconocerlo. La rompemos muchas veces con facilidad. Y esta ruptura nos hace perder lo que más amamos. Y temo perder a Dios, por ello, el temor me concentra en lo que hago y me hace ver cómo todo le llega a Dios y todo le importa. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hech 9, 4). Temo, entonces, ofender a Dios y con ello perderle como Amigo.

El don de temor nos permite reconocer la fragilidad de la amistad con Dios, no por parte de Dios, claro está, sino por parte nuestra, y de esta manera es inicio de una sabiduría nueva, por cuanto nos permite comprender la densidad de lo que hacemos y su repercusión en Dios, tomando aversión a lo que no le agrada.

Estos son los 7 dones del Espíritu, con los que nuestra vida adquiere, aún sin que yo me dé cuenta, un color nuevo. Gracias a ellos se da una colaboración singular entre Dios y cada uno de nosotros en todo lo que realizamos. Es por ello que los pedimos con tanto interés.

Preguntas para el diálogo

1. Explica la diferencia entre conocer y reconocer. Busca algún ejemplo en la vida familiar y de amistad
2. ¿Para qué sirven los dones en nuestra vida?
3. ¿Por qué el don de inteligencia nos permite comprender que diez mil dificultades no hacen una duda?
4. ¿En qué modo el amor nos permite un conocimiento nuevo de la realidad? ¿Quién es quien nos atrae en todo lo que nos atrae? Repercusión del don de sabiduría en nuestra vida cotidiana: ¿implica un conocimiento reflexivo?
5. Saber aconsejarse... ¿es realmente tan difícil? ¿Por qué? ¿Cómo nos llega el “consejo” de Dios?
6. Diferencias entre las virtudes y los dones del Espíritu.